

Vicio, oficio y esperpento

Entrevista a
Enrique Serna

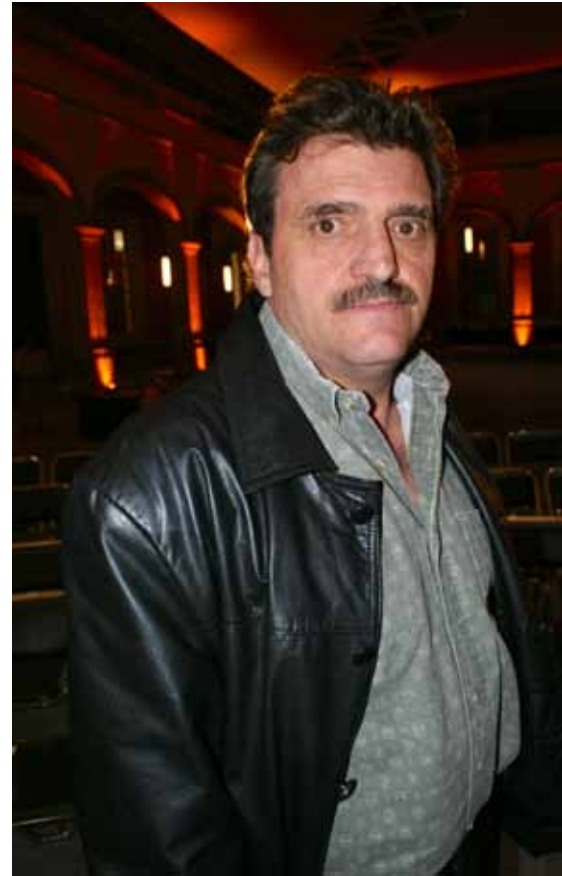
José Quezada

Ganador del Premio Mazatlán de Literatura en el año 2000, el Premio de Narrativa Colima en 2004 y el Antonin Artaud en 2010, la obra de Enrique Serna se centra en remover llagas sociales y explorar personajes turbulentos, sea en la historia de México, en la oscuridad de lo íntimo y lo autobiográfico o en los vicios de una sociedad.

Los años de formación

¿Cuáles han sido tus influencias?

Los libros que más me interesaban cuando yo empecé eran los de literatura fantástica, y mis autores de cabecera en esa época eran H. G. Wells, Edgar Allan Poe, Lovecraft, Dino Buzzati. Trataba de imitarlos en las primeras narraciones que escribí, sobre todo en la primera de ellas que se llamaba “La bóveda” y que menciono en *Fruta verde* —ahí se llamaba “La cripta”—. Son cuentos que no he recogido en algún libro porque eran muy malos, no eran publicables. Más adelante, empezó una evolución muy grande en mi vida y empecé a conocer la doble moral en la familia.



Fotografía: Alejandro Arteaga

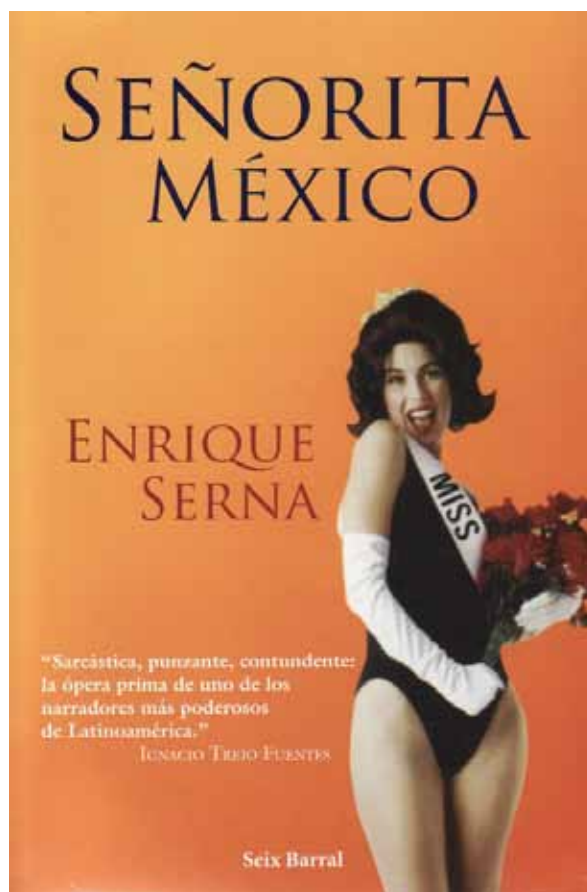
De adolescente, ¿verdad?

No, hablo de los 22 ó 23 años, cuando empecé a morder las frutas prohibidas, cuando tuve más experiencia del funcionamiento verdadero de la sociedad. Me llamaban más la atención los escritores que han utilizado el humor negro como un arma para exhibir las llagas secretas de la sociedad en el mundo contemporáneo. Entre ellos hay escritores extraordinarios, como el autor de los *Cuentos crueles*, Villiers de L'Isle-Adam. Entre los contemporáneos están: Virgilio Piñera, Rubem Fonseca, especialmente *El spleen de París*, de Baudelaire, esos escritores fueron bastante importantes en mi formación, así como los clásicos de la sátira latina, Juvenal y Petronio.

¿Qué le recomendarías a alguien que busca su voz propia, su estilo? ¿Cómo la encontraste tú?

Para los escritores que empiezan es necesario leer por igual todos los géneros. Cada escritor principiante tiene la idea de que es poeta, narrador o dramaturgo, pero eso no se puede saber hasta no tener un cierto conocimiento de todos los géneros, y para lograr eso se necesita leer teatro, leer narrativa y leer poesía; puede que entonces alguien empiece a definir cuál es su vocación o cuáles sus varias vocaciones, porque también existen los polígrafos que escriben varios géneros.

Otra cosa importante es leer a los clásicos de la propia lengua que son quienes nos enseñan no sólo a escribir sino a pensar. Leerlos con mucha atención en su estilo, leerlos tratando no sólo de quedar cautivado como cualquier lector, sino de una manera profesional y con una atención profunda a la forma. Leer a los clásicos del Siglo de Oro. Calderón, Lope, Cervantes, San Juan de la Cruz, Quevedo, Góngora, Fernando de Rojas son fundamentales al igual que los clásicos contemporáneos. Menciono a los escritores de la propia lengua porque leer demasiadas traducciones puede viciar el



estilo de un joven que empieza a escribir y que no está exento de encontrarse con malas traducciones. Tratar de aprender otras lenguas también es importante, te da más economía verbal dentro del español y le brinda más musicalidad a la prosa.

Recuerdo un comentario del cineasta Ingmar Bergman sobre La infancia de Iván, de Tarkovski, que a él le pareció maravillosa, la película que contenía en sí lo que él había querido expresar siempre a través del cine, ¿hay algún libro o escritor con el que sintieras algo similar?

Me hubiera gustado escribir como Cervantes. Tiene algo que me fascina: Cervantes presenta a cualquier personaje y, en lugar de crear un mero "tipo", le da siempre un rasgo humano. Tiene la habilidad para, por ejemplo, particularizar a la moza de una posada a la que llega el Quijote. Sabe cómo crear a un ser humano con características definidas y no un simple borrón de algo humano. Lo más importante en el arte de la novela es poder meterte hasta el alma de los personajes. Alguien que también tenía esa virtud era Roberto Bolaño. Me

encanta cómo en *Los detectives salvajes*, con dos o tres párrafos, ya nos sitúa en la intimidad de un personaje, un personaje además contradictorio y complejo.

Habilidad histriónica

¿Cómo te compenetras con tus personajes?, ¿cómo entras en el personaje?

Se trata de un proceso parecido al de los actores que tienen que interpretar un papel. El método de Stanislavski consiste justamente en una identificación psicológica lo más profunda posible con el personaje. Es importante imaginarse a esos personajes en la vida cotidiana, ponerlos en situaciones muy concretas —se levantan, se ven en el espejo, qué es lo que piensan en el momento en que se levantan—, eso es lo que te va dando el tono de cada personaje. Especialmente en el cuento es importante entrar hasta el fondo de su alma desde el primer momento, para que así realmente el lector tenga la impresión de que ése es un ser humano vivo, existente.

Encuentro la figura del antihéroe como una constante en tu obra. En Amores de segunda mano hay algo que me recuerda a Ibargüengoitia, dándole siempre la vuelta a las cosas. Pero en tu obra eso sucede de un modo más oscuro, más perverso.

Hay pocos humoristas en la literatura mexicana, por eso a mí me han comparado a veces con Ibargüengoitia. Yo no creo parecerme mucho a él, ni tampoco creo ser un humorista, de la misma manera que él no lo era. Los humoristas son escritores que tienen la obligación de ser chistosos y yo jamás me he propuesto ser chistoso. Arrancarle risas a los lectores es algo que tiene que aflorar de una manera natural, porque las ganas de hacer el humor son como las ganas de hacer el amor, no se pueden falsificar. El humor de Ibargüengoitia es más satírico, es un humor que parte de la observación de alguien que está enfrentando realidades absurdas con el filtro del sentido común, a la manera de algu-

nos escritores que él admiraba mucho, como George Bernard Shaw. Yo tiendo más hacia lo grotesco, hacia la deformación esperpéntica de la realidad, aunque al mismo tiempo he tratado de lograr empatía con los personajes porque creo que si uno exagera demasiado en lo caricaturesco se puede impedir que el lector logre una identificación.

¿Cómo delimitaste lo histórico y lo ficticio en El seductor de la patria?

En cuanto a la actuación militar y política del personaje la novela se ciñe estrictamente a los documentos históricos. Hay muchas lagunas, muchas zonas oscuras que no conocemos en la vida privada de Antonio López de Santa Anna. Por ejemplo, sólo sabemos que se casó dos veces o que tuvo una serie de amantes, pero fuera de eso hay mucha oscuridad respecto al tema. Ahí hay un campo grande para ejercer la imaginación y fabular. En su caso yo no creo inventar algo de su vida pública porque está llena de peripecias y momentos en que fue alzado hasta las nubes y luego lo dejaron caer hasta el infierno, una vida llena de vuelcos dramáticos, de modo que incluso es trepidante y excesivamente rica en anécdotas.

Literatura latinoamericana, literatura mexicana

Veo una guía en la literatura latinoamericana actual, a la sombra del Boom. Tal vez es una pregunta que no tiene respuesta, pero hoy ya encuentro a ciertos autores que son paradigmas: Juan José Saer, César Aira, Vila-Matas.

No creo que los escritores que mencionas estén siguiendo la pauta del *Boom*. Hubo otros escritores anteriores a ellos que me parece que sí la seguían de una manera más directa. Por ejemplo, los imitadores de García Márquez: el chileno Luis Sepúlveda o Isabel Allende, ellos sí estaban en la línea del Realismo Mágico o, por ejemplo, el peruano Manuel Scorza. Los escritores que tú mencionas están haciendo la búsqueda.

No, no me refiero a eso. Quiero decir que ellos van a marcar, o ya están marcando, una línea inmediata en la literatura latinoamericana.

A mí Juan José Saer me parece un novelista interesante y un hombre inteligente, metido en cuestiones de teoría literaria y demás. César Aira creo que es un escritor bastante menor. A mí nunca me ha convencido, sé que tiene mucho prestigio entre los *snobs*, pero yo creo que es un pésimo escritor que hay que leer con un disco de risas a un lado.

¿Qué autores crees que puedan marcar una pauta en la literatura latinoamericana?

Actualmente hay algunos extraordinarios, por ejemplo, el chileno Carlos Franz. Me encanta Laura Restrepo, tiene una novela, la mejor que se ha escrito sobre el narco en América Latina: *Leopardo al sol*. Hay un novelista salvadoreño espléndido, Horacio Castellanos Moya. Y los que siguen vivos y que son extraordinarios, como por ejemplo, García Márquez, un escritor de primerísima línea.

¿Hubo algún escritor que para ti fuera una especie de figura paternal, tal vez? No sé, pienso en José Agustín.

No, realmente no la he tenido. Tal vez porque soy un escritor que no se ha acercado mucho a sus mayores. Después de José Agustín la narrativa mexicana empezó a estar más interesada en reflejar su circunstancia histórico social de lo que lo estuvo antes. Hay que aceptar que ciertos grupos literarios tenían miedo a demostrar demasiado el folklor urbano, porque no querían ser tachados de escritores costumbristas —lo cual era una etiqueta un poco denigrante—, pero la narrativa de José Agustín demostró que se podían crear personajes de alta complejidad y con una profunda exploración

psicológica sin tener que renunciar a la descripción de la atmósfera urbana ni tampoco al lenguaje coloquial. Esto abrió una gran avenida que por lo menos hemos recorrido de distintas maneras varios escritores de mi generación. Pienso en Juan Villoro, Rafael Pérez Gay, Xavier Velasco...

Eduardo Antonio Parra...

También Eduardo Antonio. Ya sentíamos en nuestra generación que había un camino andado y no teníamos esta inhibición. Es algo muy liberador porque finalmente ningún escritor del primer mundo tiene temor de hablar de la circunstancia que lo rodea, a pesar de que pudiera parecer muy localista. Pensemos en la escritura de Philip Roth —con detalles costumbristas de la vida americana en la Costa Este de Estados Unidos—, uno podría tacharla de provinciana, sin embargo él sabe que en distintas partes del mundo sus lectores son cultos y tienen algo de conocimiento sobre la vida norteamericana.

En ese escenario los escritores mexicanos actuales escribimos ya sin ese complejo de inferioridad, a pesar de saber que muchos lectores en francés quizás no vayan a entender el mundo que les estamos describiendo por no tener un mapa mental de la ciudad de México, de las ciudades de provincia o del campo mexicano. Sin embargo, para estar en igualdad de circunstancias con cualquier escritor del mundo, hay que tomar en cuenta que esos lectores extranjeros necesitan tener un mínimo interés para asomarse a otra realidad diferente a la suya. Muchos de nuestra generación escribimos con esa actitud.

¿Qué autores crees que puedan marcar una pauta en la literatura mexicana?

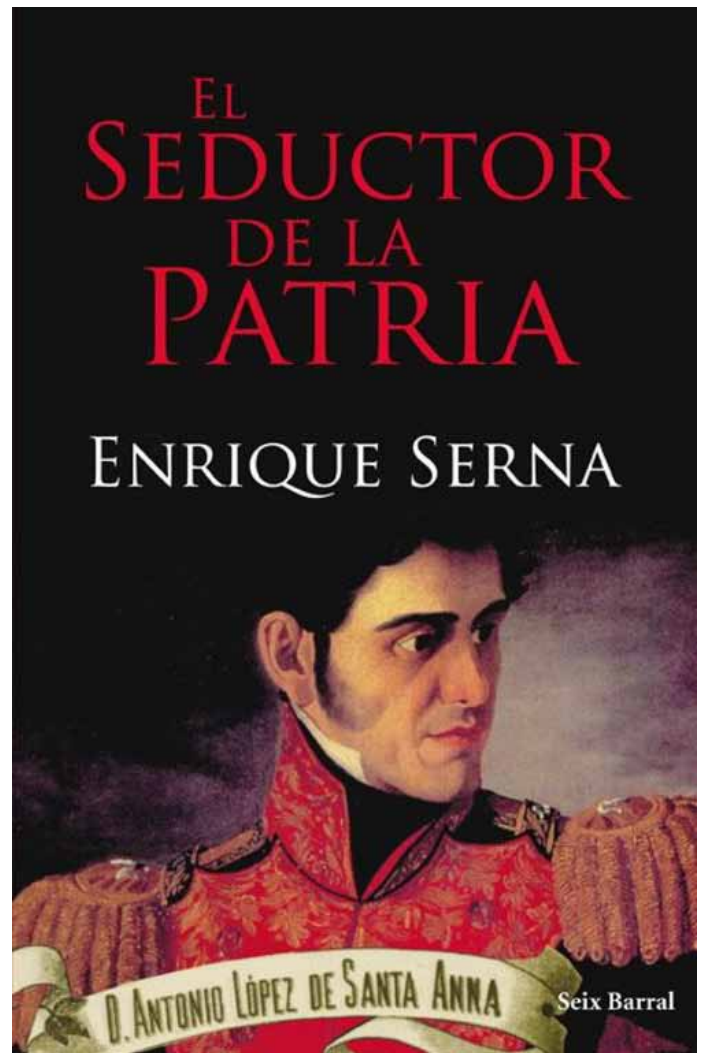
De los mayores me interesa mucho José Emilio Pacheco, magnífico como narrador, José Agustín sin duda alguna, Sergio Pitol, algunos libros de Fernando del Paso y los primeros libros de Fuentes, quien ha escrito demasiado, sin embargo tiene cuatro o cinco obras que van a perdurar. De las generaciones más recientes, Luis Arturo Ramos tiene poca difusión y varios libros espléndidos: *Este era un gato*, *La casa del ahorcado*, *Intramuros*. Ramos es un escritor que necesita ser revalorado por las nuevas generaciones.

Francotiradores

Pienso que no hay una verdadera revista literaria en México, algo así mencionó Heriberto Yépez en un artículo llamado "No hay vuelta a Vuelta"

Las revistas culturales más importantes, *Letras Libres* y *Nexos*, son revistas multidisciplinarias, no son solamente literarias, tratan de política, historia, humanidades. En ese sentido no son estrictamente literarias. Me temo que sería casi imposible sostener con fondos privados una revista estrictamente literaria, y las únicas que logran ser así es porque están sostenidas por universidades. Ahí están la revista *Crítica*, de la Universidad Autónoma de Puebla, y *Luvina*, de la de Guadalajara. Desgraciadamente hay tan poco interés por la literatura en estado puro —por decirlo de un modo— que esas revistas son inviables económicamente.

El suplemento *Sábado* de *Unomásuno* era predominantemente literario, y aunque también incluía columnas de cine, teatro, artes plásticas y música, predominaba la literatura. Era un suplemento muy combativo, de francotiradores. Había una gran libertad de expresión, porque Batis nos dejó a todos tribunales libres, sin censura alguna. Era un suplemento muy vivo.



Hoy en día es una lástima que los suplementos vayan desapareciendo y que se inhiba a los jóvenes críticos, quienes son los que más pueden decir verdades generalmente y no tienen compromisos dentro del medio literario.

¿Crees que hay una "mafia" literaria actualmente en México o que está dividida entre algunos grupos?

No creo que lo sea como en los años 50 y 60, lo que hay hoy son distintos grupos culturales. Escribí una novela satírica del medio intelectual, *El miedo a los animales*, en la que hice una crítica muy a fondo

sobre este tema, especialmente en lo que concierne a la burocracia cultural. Quien tiene un espacio público o una institución debe ser plural y reflejar la totalidad de la literatura con un criterio de excelencia y calidad; quien tiene una revista privada puede ser todo lo selectivo que quiera y publicar a la gente que de acuerdo a su criterio vale la pena. La pluralidad debe existir en la burocracia cultural, pero no es así. Además existe la paradoja de que somos un país con un pequeñísimo número de lectores: un millón entre 110 millones de habitantes, una cifra que abarca a los lectores de periódicos, ya que los de libros son menos aún. El hecho de que exista una élite intelectual mimada por el estado en un país donde nadie lee me parece algo sumamente grotesco.

En otras entrevistas mencionabas que tenemos un sistema educativo del tercer mundo y apoyos culturales del primero.

Es una política maquiavélica instaurada desde hace mucho tiempo. Una tradición de intelectuales y artistas que puso en marcha el PRI y que han tomado otros gobiernos. Esto convierte al gremio intelectual en una especie de corporación más, algo bastante nocivo que le resta en sí mismo poder cultural. Y este poder cultural no significa acaparar espacios, becas, y demás garantías, sino tratar que las ideas de los intelectuales puedan tener peso en la opinión pública, algo que cuando el escritor se convierte en becario perpetuo no se logra.

Pero, ¿no podríamos decir que Fuentes y Monsiváis tenían peso en la opinión pública, y que de alguna manera el mismo Fuentes era un becario perpetuo?

Ellos dos ya eran importantes antes de ser becarios, si es que lo fueron; su caso es diferente. Me temo que en la actualidad hay muchos escritores que, fuera de cuatro o cinco colegas, nadie conoce, no tienen un grupo de lectores que los respalden. Eso me parece grave. Se le debería dar más importancia a la repercusión de una obra en el público lector que a la opinión de otros literatos, porque precisamente esto es lo que propicia la formación de mafias y cofradías de elogios mutuos, el principal vicio de toda la burocracia cultural mexicana. ■■■

